

E. MIRET MAGDA LENA

MESSES de elaboración, discusión y votación han tenido que transcurrir para que el conjunto moral de nuestros obispos —que no todos— supieran asentir a la idea de la reconciliación en nuestro país.

¿Qué le pasa a nuestro obispado?, nos preguntamos muchos españoles. ¿Cuál es su misión?, ¿qué testimonio evangélico pueden dar en el momento presente, cuando siempre llegan tarde en casi todas las ocasiones en que hay algo concreto que decir?

Porque el documento es difuso y sin concreción. Brilla por sus temas generales y no aborda con claridad apenas nuestros problemas, que deben ser objeto de revisión y que necesitan un camino de diálogo auténtico para el porvenir. Se limitan a repetir lo ya dicho y sabido por casi todos, salvo los ultras. Y lo dicen cuando ya hasta los más moderados y prudentes lo indicaron hace meses.

¿Dónde está nuestra jerarquía religiosa, en qué planeta vive y en qué grado de desaceleración se encuentra? Esa es la pregunta que tenemos que hacernos todos ante ese prolijo documento lleno de cosas sabidas y repetidas.

Eso tan moderado es lo que tendría que haberlo dicho la Iglesia hace ya muchos años. Hoy se requeriría otro contenido y otro tono muy distintos.

Y ya que no han traído novedad alguna en su redacción, quieren sus promotores —y coreadores— suplir la falta de interés escandalizándose de cosas tan nimias como la pequeña travesura de un periódico madrileño adelantándose a su publicación. Porque lo más increíble —y bastante infantil como procedimiento— es que a un documento sin nervio alguno se le haya querido rodear de un cierto "suspense" pidiendo a los periodistas que lo recibieran con el "embargo" de su publicación por unas horas. ¿Por qué y para qué? Eso ni es práctica usual, ni merece la pena hacerse con un documento de esta clase, y menos cuando su contenido no produce ninguna sensación digna de recordación.

La mejor prueba está en la falta de comentarios que ha producido. Cada vez nos tienen más acostumbrados nuestros obispos a la ausencia de actualidad o de interés, y la gente se inhibe ante cualquier actitud colectiva de los mismos. Esto es lo que debían pensar seriamente.

En unos momentos tan decisivos para la Iglesia y para el país, sólo se les ocurre decir algo que no tiene capacidad de concitar la atención del pueblo.

Yo diría que hasta se halla en retroceso este escrito, con respecto a documentos emanados de organismos de la Santa Sede, que nadie pensará que es el colmo —en sus organismos— de ningún avance excesivo en el momento presente.

No hay más que leer la Carta del Cardenal Roy, Presidente de la Comisión Pontificia Justicia y Paz, en el décimo aniversario de la encíclica "Pacem in terris". Allí

se aprecia nervio, actualidad, avance sobre el término medio del pensamiento del pueblo cristiano; incluso aceptación de muchos conceptos de la actual sociología y prospectiva. En cambio, en el documento que comento, nada se encuentra de todo esto. Los lugares comunes, las frases sin fuerza, las palabras vagas y abstractas campan por sus respetos en el documento eclesiástico español, y, en cambio, se da un ejemplo de lo contrario en ese otro documento eclesiástico. Yo creo que nuestro documento sobre reconciliación ni siquiera ha llegado a tener la garra que tuvo la ya desfasada —pero en su tiempo novedosa— encíclica "Paz en la Tierra", del Papa Juan XXIII. Cuando el Cardenal Roy admite las críticas que hacen algunos de este documento del Papa Roncalli, ayer bueno y oportuno y hoy en desfase con la evolución del mundo, en el documento nuestro, las timideces son mucho mayores que en el escrito ya antiguo de Juan XXIII.

Decía Gustavo le Bon, el psicólogo de los grupos masivos y heterogéneos, que estos

EL PARTO DE LOS MONTES

grupos esporádicos, estas multitudes, sea cual sea su tamaño, tienen un resultado disminuido, porque en vez de sumar inteligencias, se restan, y sólo aceptan lo que les es común a todos, lo cual es una disminución y no un incremento. Eso creo que le pasa psicológicamente a esta asamblea heteróclita y esporádica que es la Conferencia Episcopal española. En vez de hacer un trabajo en común enriquecedor, es una criba negativa y empujadora del trabajo en común realizado por unos pocos. Y a esto se añade que estos pocos, ya de por sí tienen la obsesión de rebajar el nivel y la fuerza de lo trabajado por ellos, con la intención de complacer al conjunto. De ahí se deduce que, dadas las premisas, el resultado no puede ser más que descorazonador, como de hecho lo ha sido en este caso.

Hoy, que los sociólogos como Bloch y Horkheimer, entre otros muchos, empiezan a valorar la "utopía" como impulso hacia el futuro, que estimula la inteligencia y el entusiasmo de los hombres hacia el cambio necesario para ser justa y libre nuestra sociedad del porvenir, expresan nuestros obispos la consabida frase contra la utopía en el sentido menos técnico de la palabra. No han captado la necesidad de transformación radical del mundo, y por eso caen en esa tibieza de posturas que tanto execró la Biblia. En cambio, la actual teología empie-

za a descubrir la raíz "utópica" de los profetas en el Antiguo Testamento y de la palabra de Jesús en el Nuevo como acicate a la auténtica y profunda transformación o "metanoia", que requieren los hombres en todos sus aspectos materiales, sensibles y morales, y las sociedades también, ya que el hombre es ante todo un ser social. Más perspicacia tuvo el Cardenal Roy en el documento antes citado aceptando el valor de la utopía realista preconizada por estos grandes sociólogos científicos de la actualidad.

Cuando el documento acierta a señalar lo que hoy es obvio en el mundo, lo único que saben hacer nuestros obispos es aplicarlo a la sociedad en forma abstracta e insatisfactoria, pero nunca bastante a la Iglesia real que tenemos ante nuestros ojos en nuestra nación.

No se puede exigir nada eficaz contra la carencia de sentido crítico que fomentan algunos políticos, si el estamento eclesiástico pone las mayores cortapisas que puede a este mismo sentido crítico dentro de la Iglesia. Se condena a un benemérito teólogo como King por querer replantear la infalibilidad del Papa; llama la atención el Arzobispo de París a un creyente como el Padre Feillet por querer poner al día las enseñanzas anticuadas haciendo una confesión de vida religiosa sumamente sincera; o el pretendido progresista Cardenal Suenens execra violentamente al teólogo Jean Kamp, desautorizándolo públicamente, por hacer lo mismo con más profundidad; o al Padre Girardi no se le deja enseñar porque quiere coonestar la sociología científica con el cristianismo; o se expulsa de sus órdenes a Dom Franzoni y al Padre Lutte, vitales cristianos llenos de amor a la pobreza; o no se le deja volver a la Compañía de Jesús al buen Padre Diez-Alegria, uno de quienes más han hecho por los que estaban en crisis dentro de ella.

Muestran nuestros obispos su desconfianza ante los bienintencionados intentos renovadores de la vida cristiana y litúrgica de muchas comunidades de base, que se asfixian con la rutina que impera todavía. Pintan erróneamente un panorama idílico de ecumenismo con nuestras comunidades protestantes, que, en su mayor parte, rechazan el paternalismo católico que se les brinda.

Se acepta el diálogo y el sentido crítico eclesial, pero se antepone siempre la autoridad, aun la que no es definitiva en la Iglesia. Hablan los obispos con mayor amplitud del mundo laboral, pero no se hace sino repetir lo que ya se ha confesado públicamente como una carencia por parte de algunas autoridades. Y nada se dice eficaz de la necesaria amnistía, por lo menos para aquellos que sufren de estas carencias, cosa la más decisiva para fomentar la reconciliación entre españoles.

En una palabra: poco, y lo poco nada añade a lo ya sabido y aceptado incluso por los moderados. ■